

## El Perú en dos libros nuevos

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hace tiempo que se dice que el conocimiento del Perú por los propios peruanos es condición *sine qua non* para que se produzca el conocimiento del Perú por el resto del mundo. Y es lógico. No sabemos ser turistas en nuestra tierra y no sabemos, tampoco, ser expertos en sus caracteres, sus formas, sus cualidades, sus bellezas. En punto a la cultura, la generalidad de nuestra gente, debido a complejas razones que van desde las que atañen a la educación escolar hasta cierto afortunadamente declinante sentimiento de inferioridad y desarraigo, ignora aspectos fundamentales de la presencia del espíritu en la historia patria, al punto de que hay innumerables personas que son extrañas —vale decir, extranjeras— en el país, pese a haber nacido y vivir en él. No se trata aquí de reclamar un nacionalismo a ultranza, que nos aisle y niegue así los vínculos que unen al hombre local con el hombre mismo, pero sí de pedir igual fervor para lo nacional que para lo universal. Esta última dimensión, ya se sabe, no se alcanza sin un previo y necesario ahondamiento en lo particular. Libros que descubran el Perú a los ojos peruanos —como films, emisiones de televisión u otros medios de difusión objetiva— son esenciales a la antedicha tarea. Tiene el cronista dos a la vista y desea recomendarlos al lector.

El primero es una ágil "Visión Sintética del Perú" debida a Jorge Guillermo Llosa P. (Ediciones Tawantinsuyu, Lima, 1959) cuyo propósito es tanto **mostrar** qué es en cifras, hechos y nociones el país cuanto **interpretar** brevemente el sentido que tales datos tienen solos y en conjunto. Un panorama geográfico, un resumen histórico, una presentación constitucional, un perfil económico y una noticia cultural se suceden en las 127 manuales páginas que, en formato de "pocket", circulan desde hace unos días. Hombre habituado a la exposición magisterial y a la apretada elocuencia periodística, Llosa sabe alternar el guarismo, de suyo frío, con la observación penetrante, a la que respalda una información vasta y precisa. En suma, es éste un texto didáctico que debiera estar en toda biblioteca, por escueta que fuere, para la consulta fortuita, la verificación oportuna, la revisión periódica, puesto que, a la manera de una memoria presta, nos recordará siempre la personalidad peruana en sus rasgos más saltantes.

El otro libro es obra de Gonzalo de Reparaz, peruano por amor: se titula, con una y trina expresión, "Perú, Pérou, Peru" (Ediciones de Arte Rep, Lima 1959) y consiste no sólo en una descripción del rostro de la patria, el rostro físico, histórico y espiritual de la Costa y la Sierra, sino en una canción a sus encantos de ayer y de siempre. Canción que a las palabras autorizadas del investigador científico y el viajero de retina cordial que es su autor, une el fruto de una admirable labor fotográfica. Es propio subrayarlo: Reparaz no abre y cierra mecánicamente el objetivo de su cámara. Hace más. Infunde a la imagen que capta una atmósfera, un clima, un ambiente tales, que la placa es testimonio del modelo tomado pero, además, es la palpitación vital inspirada a ella por el fotógrafo. Paisajes, cerámicas, portadas, muros, caras, una infinita secuencia de impresiones, desfilan ante nuestros ojos y es como si los descubriéramos, como si un silencioso y reverente cicerone nos condujera hasta el sitio en donde está lo más hermoso y emocionante que hay en cada región. Este documento vivo del Perú debiera también figurar en el catálogo personal de todo peruano consciente.

Por coincidencia los dos libros aparecen simultáneamente y, sin habérselo propuesto, se complementan. Aquél nos sirve para recordar cosas y sucesos que nos comprometen a todos; éste para recorrer de nuestros ojos el desdichado desconocimiento de que padecemos. Tal vez este paralelo aunque casual alumbramiento editorial signifique algo menos curioso y más esencial: que la patria ha comenzado a ser objeto del interés peruano hasta hace muy poco dirigido casi exclusivamente al predio vecino, ajeno o sencillamente remoto. Es decir, que ha comenzado el fin de nuestro imperdonable despaisamiento.